

**PREGÓN DE SEMANA SANTA 2014**  
**REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO - LA GRANJA**

Muy Ilustre Abad de la Colegiata y Señores Sacerdotes, Señor Alcalde y miembros de la Corporación Municipal, Señora Jueza de Paz, miembros de la Directiva de la Junta de Cofradías, Hermanos Cofrades, vecinos del Real Sitio de San Ildefonso, señoras, señores, amigos,

Es para mí un gran honor tomar la palabra hoy aquí. Y, más aun, hacerlo para ser la voz que anuncie el cercano inicio de la Semana Mayor de los cristianos: de la Semana Santa.

Me habéis honrado nombrándome pregonero, honor cuyo motivo no se me alcanza. Pensando en ello solo he encontrado tres posibles motivos para mi designación: soy un segoviano enamorado de su tierra de lo que alardeo a la mínima oportunidad, soy un católico militante en cualquier ocasión y tengo una trayectoria de más de medio siglo como hermano cofrade. Pero ninguna de las tres, ni siquiera las tres juntas, tiene entidad suficiente para justificar que yo sea hoy vuestro Pregonero, por lo que lo asumo con toda humildad, pero a la vez con profundo sentimiento.

Ser pregonero es proclamar y esta es mi misión: proclamar el Misterio Pascual que celebraremos dentro de pocos días; la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, el Hijo de Dios Vivo, que asumió nuestra naturaleza humana y la redimió con su preciosa sangre, Sangre de la Nueva y definitiva Alianza derramada por toda la Humanidad, palabras repetidas por los sacerdotes en todo el mundo cuando celebran la Eucaristía, y repetidas, desde hace más de dos siglos y medio, en este lugar: templo de Dios y de su Palabra.

Dentro de pocos días, cuando culmine el Ciclo Pascual, se escuchará aquí otro Pregón. El Pregón por excelencia en la vida de la Iglesia: el Pregón Pascual. En él se canta el poder de Dios Padre, resucitando a su Hijo de la muerte y también la nueva vida que este hecho trae a la Humanidad, de él son estas significativas frases: *“¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros! ¡Qué incomparable ternura y caridad! ¡Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo! ¡Feliz culpa que nos mereció tal Redentor!”*.

Leemos en el Libro de los Reyes que, al regresar éstos a Israel victoriosos de la batalla, eran recibidos con cantos, vítores y palmas en las manos. El pueblo extendía sus propios mantos a sus pies en señal de agradecimiento y veneración. Pero el animal real era el mulo, el asno se destinaba para la carga. Jesús entrando en la Ciudad Santa montado sobre un pollino asume su papel de rey legitimado por la carga, por el servicio. Por primera vez en su vida asume su propio papel: se convierte en espectáculo mudo y deja que los hechos hablen por si mismos ocupando el lugar de la Palabra. Se estaba cumpliendo la profecía mesiánica de Zacarías, bien conocida por el pueblo: *“Decid a la hija de Sión: No temas, mira a tu rey que viene a ti manso y montado en una asna y un pollino hijo de la que se unce al yugo”*. La procesión del Domingo de Ramos es cortejo de júbilo, alegría de rostros infantiles, batir de ramos y palmas para recibir y acompañar al prometido, deseado y tan esperado Mesías... es la cara amable de la Semana Santa. Pero apenas cuatro días después -qué voluble e inconstante es el alma humana- asistimos a la traición de un discípulo, a la negación de uno de sus favoritos, al clamor del “pueblo soberano” perfectamente conducido contra aquel al que muchos no conocían y de quien sólo habían oído lo que otros, quizás interesadamente, les habían contado.

El quinto día de la semana hebrea se aproximaba la hora... Pero Cristo, antes de que llegara el momento sublime, la noche de nuestro Jueves Santo quiso tener los más bellos

gestos de amor con sus discípulos, quiso dirigirles las más profundas y tiernas palabras. En torno a la mesa tuvo lugar la íntima celebración... Antes de la traición de Judas, Cristo se entregó voluntariamente a todos, Jesús entrega su vida porque quiere: *“Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente”*, nos dice el evangelista San Juan. La misericordia de Dios no se desata por nuestra maldad, Él siempre se anticipa. Nuestros pecados no forzaron la venida del Redentor, Cristo vino por el amor de Dios. La primordial razón de su venida no fue para quitarnos el pecado sino para manifestarnos su amor. El Jueves Santo no es el día de la muerte de Jesús, es el día de su amor... hasta la muerte: *“Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”*, les había dicho.

El Viernes Santo es el día de la procesión por excelencia. El origen de las procesiones de Semana Santa se remonta muchos siglos atrás: tiene que ver con el teatro medieval de los misterios. Al siglo X se remontan los *“dramas litúrgicos”*, que eran autos dialogados con textos referidos sobre todo a la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, incluidos en la celebración de la misa. Posteriormente se convirtieron en *“dramas sacros”*, aun con carácter religioso, pero no incluidos en la liturgia, cuyas fuentes podían no ser estrictamente litúrgicas y que se desarrollaban tanto en el interior como en los atrios de los templos. Eran representaciones imbuidas de un dramatismo religioso originado por una visión mítica de la vida de Jesús, pero que acercaban a la humanidad del Salvador a aquellas gentes del medievo, sencillas y analfabetas, pero que poseían, no obstante, una profunda vivencia religiosa.

Estas dramatizaciones siempre contaban con la escena del descendimiento de la imagen articulada de Cristo -era el *“desenclavo”*-, seguida de su traslado a hombros hasta otra iglesia o ermita cercana -el *“Santo Entierro”*-. Estas prácticas se extendieron por tierras del reino de Castilla a principios del siglo XV, dando lugar a manifestaciones de religiosidad popular que sobrepasaban el espacio sagrado del templo, invadiendo la calle, convertida durante unas horas en improvisado escenario donde se revivía el drama del Gólgota. Y de la utilización de imágenes objeto de veneración, se pasó a escenas donde se utilizaban más de una imagen, dando lugar a una narración piadosa que originó el concepto de *“paso”*, cuando las escenas, antes representadas en lugar cerrado, salen para *“pasar”* ante los espectadores, ahora mucho más numerosos.

Pero las procesiones del Real Sitio de San Ildefonso no se originan entonces, porque aun faltaban siglos para que la localidad se fundase...

Fue la teatralidad del Barroco, entendida en su faceta más noble, la que sentó las bases de la Semana Santa tal como la conocemos hoy y ese es el momento en que se originan las procesiones del Real Sitio. Se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que las procesiones del Real Sitio de San Ildefonso son las más genuinas pues tienen lugar en un marco de urbanismo barroco único y con imágenes barrocas en su inmensa mayoría.

En efecto, el casco urbano del Real Sitio se conforma a lo largo del siglo XVIII, cuando las ideas del Barroco llevan vigentes más de un siglo y han calado hondamente en el espíritu de la sociedad castellana. Se cuidan las alineaciones, se buscan perspectivas, se aprovechan los diferentes niveles para realzar la visión de los edificios y poner en valor su significado: ¡no es casual que la Real Colegiata se sitúe donde está!...

Todas las imágenes que aquí procesionan, excepto el Cristo de los Alijares y la imagen del Resucitado, fueron ejecutadas también a lo largo del siglo XVIII...

Y en el siglo XVIII la procesión se conformó tal como ha llegado hasta nosotros, incluyendo el acompañamiento musical, pues consta que en 1764 acompañaron a la procesión, por primera vez, dos trompetas y un tambor.

En Castilla, las procesiones de Semana Santa siempre se caracterizaron por el uso de imágenes muy realistas. Los episodios que representaban eran actualizados y escenificados en la calle ante el pueblo: las imágenes debían parecer reales y las figuras tener escala natural. Los “*pasos*” podían estar formados por varias figuras representando una escena: Última Cena, Flagelación, Crucifixión, Descendimiento...

Los recursos utilizados para lograr el necesario y buscado realismo en las imágenes fueron unos enormes aliados de los artistas para mover al fervor religioso a los fieles. El auge que alcanzó en Castilla el uso de elementos postizos -pestañas, ojos y lágrimas de cristal, uñas y dientes de nácar o hueso, pelo añadido a la talla...- y, en menor medida, la costumbre de vestir las imágenes, que existía ya a mediados del siglo XVI, hacía que el pueblo viera a estas figuras como participando de la vida ordinaria, pues el hecho de ser sacada en procesión acentuaba la sensación de movimiento de la propia escultura. Esto obligó a los artistas a cuidar la sensación de conjunto y la interacción de las figuras en los pasos que contaban con varias de ellas, pero también las distintas perspectivas, pues la imagen sería observada desde todos los ángulos, a nivel del suelo y más arriba, desde ventanas y balcones. Nuestros mejores imagineros nos dejaron entonces esos “*pasos*” que quieren ser momentos detenidos de aquel primer Vía Crucis de la historia.

Y el mejor imaginero del siglo XVIII en España, Luis Salvador Carmona, que supo fundir la delicadeza del rococó con el idealismo clásico, sería el autor de la mayoría de las imágenes del Real Sitio que posee el honor de contar con la más numerosa colección de obras suyas, entre todos los lugares de España que poseen alguna.

De la gubia del maestro Carmona son las dos imágenes con las que se inició la procesión de Viernes Santo en 1754: el *Cristo del Perdón* y la *Virgen de la Soledad*.

El *Cristo* es de 1751 y su llegada a esta iglesia es una de esas felices casualidades de las que los granjeños siempre deberéis felicitaros: prestada por Don Juan Bartolomé para presidir la predicación de las Misiones y asentada definitivamente al año siguiente a causa de la grandísima devoción despertada en el pueblo. Como alegoría de la Redención que es, la imagen representa a Cristo desnudo y llagado, de rodillas sobre la bola del mundo implorando por la Humanidad ante el Padre. El maestro tomó como modelo otro Cristo del Perdón, de Manuel Pereira, que se encontraba en la iglesia del convento dominico de Nuestra Señora del Rosario de la Villa y Corte, muy admirada y copiada pero hoy desaparecida; aunque Carmona siempre consideró la suya superior al modelo de Pereira, orgullo que se comprende al apreciar su bellísima anatomía, donde el maestro fue capaz de armonizar delicadeza y patetismo; la magistral cabeza, de finas y delicadas facciones, o el virtuosismo que demuestra la talla de las manos. En ella apreciamos ejemplos del uso de elementos añadidos a la imagen, que antes mencioné, como los ojos de vidrio, los dientes de pasta o la cuerda natural que escapa del paño y ciñe directamente su cadera derecha. Protagonizó la procesión de Viernes Santo durante medio siglo, hasta que en 1804 dejó de salir, por indicación del Señor Arzobispo, y fue sustituido por el Santo Sepulcro que la Real Hermandad había comprado a costa de limosnas.

En la *Virgen de la Soledad*, de 1759, el maestro siguió, al parecer, un modelo desaparecido de Gaspar Becerra, tan apreciada por Palomino y que se encontraba en la iglesia

de San Isidro en Madrid, procedente del convento de Mínimos de la Victoria, cuya popularidad le llevó a convertirse en un icono devoto, repetido en pintura, escultura y grabado, que después se conoció con el popular nombre de *Virgen de la Paloma*. Nuestra *Soledad*, como lo era su precedente, es imagen de vestir, pero su doliente condición ha eliminado la posibilidad que tienen otras imágenes de este tipo de poseer una variada colección de mantos con colores acordes a los tiempos litúrgicos: un manto negro cubre la imagen desde la cabeza, por debajo de la que asoman una túnica y toca blancas. La ancha peana de nubes plateadas y cabezas de ángeles está preparada para recoger la caída de túnica y manto, pero oculta la parte inferior de la figura apareciendo la imagen como arrodillada. También apreciamos en su rostro ejemplos de elementos añadidos: las pestañas de sus párpados superiores, que resaltan sus grandes y hermosos ojos, y dos pares de lágrimas que se deslizan por sus mejillas.

Las tallas del *Niño Jesús* y *San Juan Bautista*, obras asimismo de Carmona, portadas por los hermanos más pequeños de la Real Hermandad del Cristo del Perdón y Virgen de la Soledad, tienen como precedentes las imágenes devocionales conocidas como Niño Jesús Pasionario y San Juanito, con numerosísimos y notables ejemplos en conventos femeninos de clausura donde eran venerados por las monjas en sus celdas, modelos que se extendieron al ámbito seglar y que han perdurado hasta hace poco: el dormitorio de mi hija ha estado presidido siempre por una imagen del Niño Jesús recostado sobre la cruz.

Pero volvamos al *Cristo del Perdón*. La cuerda anudada al cuello que muestra la imagen subraya su condición de penitente y, sin duda, condicionó la presencia de las cuerdas que ciñen los hábitos de los penitentes que participan en vuestra Procesión Penitencial del Santo Entierro.

Las dos largas filas de penitentes cubiertos con hábitos, ocultando su rostro y portando pesadas cruces de madera sin devastar, son una de las señas de identidad más genuinas y auténticas de esa Procesión. Su origen debemos buscarle en el año 1763, cuando se comienza a amortajar a los hermanos de la Real Esclavitud con su hábito, el mismo con el que hoy acompañan los penitentes a las imágenes. Cuando en 1826 se incorpora a la misma la Venerable Orden Tercera de San Francisco, sus miembros siguen la tradición del acompañamiento de los entierros que cumplían desde 1797 y lo hacen diferenciados por el hábito franciscano. Los troncos de roble de los montes de Balsaín, tantos años cubiertos por tardíos copos de nieve, adquieren un protagonismo inusitado, y ayudan a poner de rabiosa actualidad las palabras que el evangelista San Lucas pone en boca del Maestro: “*El que no toma su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo*”.

Se hace necesario concluir, pero antes de acabar debo volver al principio. Me habéis llamado a dar el pregón, es decir a publicar, en alta voz, algo que debe ser conocido. Por eso os anuncio que, en el eterno devenir de los ciclos y las estaciones, volverán los tonos grises, opacos, a cubrir las matas de roble, los pinares y encinares..., el blanco de la nieve se tornará más opaco y plumizo..., los toscos sayales volverán a recorrer una imaginaria Vía Dolorosa o, como siempre se ha denominado en estas tierras, Calle de la Amargura, entre el silencio del espectador y el estremecimiento ante los pies descalzos y el peso de las cruces..., soplará de nuevo un viento helado en el Medio Punto que se nos clavará cual fina espada que atraviesa el alma de la Madre Dolorosa..., volverá el nudo a atezar las gargantas ante el canto de la Salve frente a la Real Colegiata, en el lugar más elevado del recorrido, imaginario Gólgota a los pies del Guadarrama..., aflorarán de nuevo las lágrimas en la despedida de los penitentes a las imágenes y el canto del Himno a la Virgen de los Dolores...

Os anuncio que desaparecerá el carácter palatino y cortesano del Real Sitio de San Ildefonso..., que volverá, por unos días, el carácter castellano, serio, austero, y se adueñará de sus ambientes que pasarán a ser más solemnes, dignos de albergar de nuevo la eterna repetición del paso lento con tan pesada cruz recordado por los innumerables penitentes, ...del frío adueñándose del cuerpo muerto colgado aun del madero, *Cristo de los Alijares*, ...del cuerpo lacerado y yerto camino del sepulcro, *Cristo Yacente*, ...de la belleza serena de esa Madre que espera una nueva luz, y de las lágrimas que mientras tanto resbalan por sus mejillas, *Virgen de la Soledad*...

Será la victoria de la muerte, de las sombras y del frío de la noche. Victoria aparente... pues, del mismo modo que volverá a surgir la vida en montes y prados, tras el breve paréntesis del sábado, el cuerpo victorioso de *Cristo Resucitado* surgirá de nuevo de un imaginario Santo Sepulcro en la Real Colegiata, liberará del dolor a su Madre en el Medio Punto y juntos nos guiarán hacia esta iglesia para la gozosa acción de gracias de la Misa de Pascua.

Os pido que estéis atentos, pues se acercan días intensos donde viviremos emociones inexplicables y sentiremos sensaciones indescriptibles, ...se acerca la Semana Santa, ...volverá esa dualidad entre vida y muerte, donde la victoria de la primera reafirmará nuestra fe en Cristo Resucitado.

Quiero terminar mi pregón con las palabras del evangelista San Lucas, que deseo resuenen en vuestros oídos hasta el Domingo de Resurrección: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado. Acordaos cómo os habló estando aún en Galilea, diciendo que el Hijo del hombre había de ser entregado en poder de pecadores, y ser crucificado y resucitar al tercer día.”

Del mismo modo que las Santas Mujeres recordaron las palabras del Maestro, volvieron y comunicaron todo esto a los once y a todos los demás; a vosotros, al culminar los días santos que se aproximan, os deseo que retoméis vuestras vidas con fe renovada y afrontéis cada nuevo día con la alegría que da la certeza de la presencia del *Santo Cristo del Perdón* siempre rogando al Padre por todos y cada uno de nosotros.

Nada más y ¡qué así sea!

Alberto Herreras Díez.  
Real Sitio de San Ildefonso,  
a 5 de abril de 2014